

El Living

De pronto quedé al cuidado de una tía que nunca había visto antes y que no era de acá, como la mayoría de la gente que entró esa noche en la casa. Era la mujer de un hombre muy alto y flaco, completamente calvo, de tez blanca de la que fluía un perfume a pino o plata vieja. Sentí, al contacto de esa cara, sus modales refinados y su incomodidad. Fueron ellos, mis tíos nuevos, los primeros en llegar. Después perdí la cuenta de las veces que sonó el timbre. Mi gata desapareció, abrumada por la presencia de los extraños.

Mi tía nueva me llevó a la habitación de mis padres. La ventana estaba entreabierta. Era una ventana baja, colonial. A pesar del calor, en la calle no había mucho movimiento. Mi tía se sentó en el sillón donde mis padres dejaban apoyadas sus ropas. Me entretuvo con preguntas tontas: la escuela, los compañeritos, alguna canción que me gustara cantar. Entonces llegó el ruido del coche alborotando la esquina y, tras él, el eco de una enloquecida sirena. Mi tía abrió de par en par las hojas de la ventana. El auto giró ciento ochenta grados— medidos según la idea de mi semicírculo gris— y buscó la calle en sentido contrario a la mano. Luego, volvió a girar, quemando cubiertas en el asfalto. Mi tía me apretó contra su cintura y vimos cómo el coche que había surgido de la nada burlaba a su perseguidor igual que el ratón de las caricaturas animadas. Cuando no se oyó más que un grillo a lo lejos, miré a mi tía. Estaba un poco excitado, con una sensación de privilegio por el espectáculo reciente. Ella se sintió en la obligación de decir: “Ladrones”.

Los movimientos confluían en la cocina, inevitable escala para los recién llegados. Mi abuela—lo adiviné por el inconfundible olor a la peladura de limón y a la grasa— cocinaba su famosos *scones* y mi madre trajinaba con la bandeja del café. Yo recordé entonces o lo estoy haciendo ahora, la costumbre de pasar la noche en vela. Era un acontecimiento excepcional y muy entretenido como todo lo que sale de lo ordinario. Las veces en las que me dejaron participar sentí como si estuviera soñando despierto.

Quizá debido al efecto de la conversación y a la lucha despiadada contra el sueño. La gente que vela, es dada al recuerdo. Baja la voz, la hiende en lo profundo de la noche. Siempre se está a punto de conocer algún secreto aunque no se entienda muy bien de qué se trata o qué se esconde en él. Mucho de lo que se dice queda atrapado en las redes del sobrentendido. Igual, parece como si nos hicieran cómplices en la escucha, que nos convirtiéramos en pares dentro de la rueda, y eso es como jugar a ser grandes. Descubrimos, entre tanto, que la mayor parte del tiempo ellos están solos, tanto o más que nosotros.

Hay gente que vive de noche. Por ejemplo, los serenos. En la cochera donde mi padre guarda el *Rambler* del '69, hay uno muy bueno que siempre está dormido. Los estudiantes, amanecen despiertos con sus libros. Los que planean un robo o esperan un tren para fugarse, se desvelan. Se llama velar a los que entregan horas junto a la cama de los enfermos y velatorio a la costumbre de acompañar la última noche de los muertos.

La casa se había encogido. En cada rincón se fumaba, se charlaba, se bebía café o se reía fuerte de algún chiste que yo no alcanzaba a comprender del todo y que parecía desentonar con la gravedad de los gestos de la mayoría. Ahora sé que debo haber fingido estar muy asustado por lo que había visto en la calle, que debo haber llorado y pataleado y hecho lo imposible para que mi tía me repusiera en el corazón de la casa.

¿Qué pasaba mientras tanto en el living? Si cierro los ojos veo un plano bastante real. Un sofá cama de tres cuerpos, una lámpara quebrada que inclina su cabeza entre dos sillones hamaca, una mesa de fórmica plegable, ochos sillas, la correspondiente ventana colonial que cae en la vereda; el mueble combinado con un tocadiscos y, al otro lado de la pared, un aparador del mismo material y color que la mesa. Siempre estuvo vedado para mí el living. “Porque tenemos un comedor de diario muy amplio”— diría mi madre. O porque se reserva para cerrar un negocio que gestiona mi padre. Pero lo más lindo del living es que allí funciona una sala de ensayos de la compañía de teatro de mi tío Tito. Un grupo de no más de seis o siete personas del barrio: el farmacéutico Wang-Chu, dos chicas que trabajan cama adentro en la casa de enfrente, un hombre maduro y serio que siempre tiene olor a alcohol encima, un muchacho de complexión

fuerte que trabaja en un taller mecánico y la colorada Ruth, a los que se suman otros actores según las exigencias de cada obra.

Una camisa blanca colgada del respaldo de una silla con una brillante mancha roja a la altura del pecho, me hizo descubrir la existencia del teatro. Resulta que una noche irrumpí con mi gata y vi la camisa y al hombre del aliento alcohólico tendido en el sofá con el torso desnudo. El farmacéutico y mi tío fingían reanimarlo. Fue la colorada Ruth quien me hizo saber que el teatro era un juego de grandes y que esa camisa estaba preparada en la silla para vestir al actor en la escena siguiente. A mi padre no le gustaba que interviniera en esos juegos, que interrumpiera una escena, porque cuesta mucho después volver a concentrarse en la acción.

La prohibición, como no podía ser de otra manera, incrementó mi curiosidad. Rondaba la sala siempre a la expectativa de ver, a través de la puerta entreabierta, o de oír pasajes de los recitados que fervientes oradores con notas de euforia proferían en el living. La muerte de Ruth, sin embargo, fue mucho más curiosa y me despertó de alguna forma un estado animal que yo desconocía. Digo animal porque es fácil establecer la relación entre Ruth y las fieras salvajes y esa energía se comunicaba a cada uno que pasara a su lado. Una tarde, yo seguía la línea de la pared con un auto de carreras y simulé— por si me estaban viendo— la necesidad de expandir el circuito más allá de los límites del comedor de diario y del pasillo que lleva a la cocina y al living. Siempre agachado, bajé un escalón y llegué hasta la puerta. Allí me quedé muy quieto, oyendo el murmullo, los pequeños gritos de Ruth. Me asomé a través de una veta desnuda que yo bien conocía ya sea por haberlo intentado antes o porque la había preparado estirando las arrugas de las cortinas que cubrían los postigos. Vi las piernas de Ruth enfundadas en unas medias de muselina roja, tornasoladas y alzadas al techo, balanceándose en la cabecera del sofá cama con su gran falda negra recogida por encima de la cintura. Oí los dolores de su muerte, pero no pude ver al matador ya que estaba de espaldas, quizá inclinado sobre el cuello de ella. Recuerdo que pensé que Ruth no merecería morir ni en la ficción. Las veces que la vi del otro lado de la sala, siempre me traía alguna cosa: cañoncitos de dulce de leche o chokolatines *Jack*. Me apretaba la cara e imprimía sobre mis mejillas sus labios pintados que luego intentaba borrar mojando un dedo en su saliva y diciéndome: “A ver ya está, así muy bien, hermoso”— o cosas por el estilo.

Al ver que los actores cambiaban de posición salí corriendo con mi autito para darles tiempo de salir y que no me vieran, vigilando la normalidad del pasillo y la cocina desde donde podían pescarme espiando. Y muy entusiasmado por el retorno del teatro a la sala, aunque no estuvieran en esa ocasión más que mi tío Tito y la colorada Ruth.

El ir y venir de la casa ahora es frenético. Mi padre fuma y conversa con un muchacho joven que es mi primo. Es de estatura mediana, tiene el pelo largo y el cuello flaco del que sobresale una gran nuez de Adán. Mi madre ha sacado una mesa redonda al patio y la ha colocado delante de los sillones de mimbre donde se acomodan dos hombres cuyos rostros acapara la sombra. Creo que uno de ellos es el farmacéutico, al otro no logro identificarlo, lleva una gorra, beben cervezas. Oigo a mi padre contar anécdotas de su juventud en el campo: las heladas, las amanecidas, los boyeros. No logro entender cómo se relacionan con los discursos que circulan en voz baja, con los gestos graves y la situación general de la casa. He descubierto a mi madre llorando en el cobertizo que usa para lavar la ropa. Antes, oí a mi abuela elevar el tono de su voz como si le formulara reproches. El tío alto y calvo se refriega las manos. La noche está espléndida y él suda a mares, se seca el cuello con un largo pañuelo blanco.

En el comedor de diario un cura joven que vino hace poco a la parroquia del barrio y ya es el confesor de mi madre, le muestra al doctor Levián, el médico de la familia, un rosario de plata. Yo sigo preguntándome por los que están en el living porque la luz continúa encendida y mi madre ha llevado ya varias bandejas con café.

Mi madre me había hecho dos medallones de tela. Uno contenía una pastilla de alcanfor, el otro un papelito con mi nombre, mi grupo sanguíneo y mi dirección. Era estrictamente necesario que los llevara conmigo cuando salía de la casa. El primero de esos escapularios movía a la risa del doctor Levián. Pero mi abuela aseguraba que era un poderoso filtro contra todo tipo de virus; el segundo estaba dirigido a las almas caritativas del barrio, por si me extraviaba o tenía un accidente. La evitación de enfermedades ocupaba una gran parte de las obsesiones de mi madre. Últimamente todo el mundo se ha puesto higiénico. Campañas de salud anuncian acciones contra el

mal que aflige al “cuerpo social”. Perderse era también muy común. En ese caso era preferible acercarse a algún comerciante del barrio y no a la policía. Una noche mis padres trajeron a casa a un pibe que andaba extraviado. Se llamaba Catalino. Lo ubicaron en mi habitación. Tenía un olor feo, como a pis de gato, los pelos engrasados y se le caían los mocos. No mejoró mucho con el baño que le deben haber obligado a tomar, igual que a la sopa que cocinaba mi abuela. Me molestaba bastante que ocupara mi habitación, era una presencia fastidiosa, aunque el pobre chico no hablaba, se limitaba a encogerse de hombros y a sonreír de manera medio boba ante cualquier propuesta que se le hiciera. Una tarde, al llegar de la escuela, no lo vi más. Mi abuela dijo que se había reencontrado con sus padres. Ahí me di cuenta que lo extrañaba un poco.

Policías había por todos lados: al frente de los edificios públicos y en la puerta de la radio. El vecino del pasillo era policía, pero estaba jubilado. Mi abuela lo llamaba anteponiendo el “don” al apellido, que me parece era Gómez. Le enseñaba a defender la casa con todo tipo de trampas y saberes de su oficio. Según “Don” Gómez podía retenerse a un criminal cuando se lo sorprendía en flagrante delito (esa palabra me gustaba, la confundí con un aroma, decía “fragante” delito). Que incluso era posible colaborar en su detención y hasta castigarlo en ejercicio de la defensa propia. Sugería, eso sí, golpearlo con la mano abierta, porque no dejaba marcas.

Volviendo al asunto, yo pensaba: “quizá un criminal entró esta noche en casa y lo han retenido en el living”. Mi abuela llamaría al bueno de “Don” Gómez para que lo golpeará sin marcarlo. Quizá todos aquí son testigos del procedimiento. Pero mi abuela seguía en la cocina. Y nadie que yo recordase habló de la *fragancia* de un crimen.

Únicamente mi tío Tito podía estar allí, en el living. Y eso me llevó a pensar otra vez en la camisa blanca con la mota roja en el pecho y a sospechar que todos estos movimientos eran parte de una representación. Un guión con papeles y funciones para cada uno de los que llegaron y ocuparon posiciones a la espera de su línea en el reparto. Un “tongo” como decía mi tío Tito cada vez que conversábamos sobre los *Titanes en el Ring*. Para mi padre, los Titanes eran unos “degenerados”. Recuerdo muy bien como lo dijo, frunciendo el ceño y levantando un dedo extrañamente amenazante sobre mi cabeza, después de sorprenderme jugando a tirarme desde una silla como si fuera la

tercera cuerda del cuadrilátero, igualito a como lo hacía uno de los personajes que a mí más me gustaba. Me dijo que lo único que le importaba al dueño de esa troupe de borrachos, era hacer plata. “Y no se hable más del asunto”. Pero mi tío me ayudaba— al igual que la colorada Ruth— a formar la colección de muñequitos que venía en los chocolatinos. Y hasta me reveló la secreta identidad de la “Momia”. Era un muchacho amigo suyo, un actor con quien hacía funciones.

Yo esperaba el día en que mi tío me llevara a un gimnasio de Villa Soldati para conocer a la Momia como me había prometido, pero ese día nunca llegaba. Al principio no quise ser cargoso (nunca me gustó pedir ni rogar por nada) pero un viernes no aguanté más y le pregunté cuándo íbamos a ir a verlo. No pude sacarle una fecha precisa, pero en cambio, hablamos un montón sobre la vida de los “Titanes”. Mi tío me explicó que no se pegaban, que sabían caer, que cada toma estaba recontra estudiada hasta el más mínimo detalle. Yo protesté, argumentaba que los había visto sangrar, y él me contó cómo lo hacían: con una hojita de afeitador oculta entre los dedos que pasaban por encima de la piel en la arruga de la frente, que es un lugar que sangra mucho y no deja huellas. Llamaban a eso: “la cirugía”. “Mirá, Ricardito, nadie es tan bueno ni tan malo. Por más que parece simple, la vida no es como en el ring. La verdad no es un espectáculo”— le gustaba decir a mi tío, cuando hablaba del “tongo”.

Por un rato fui de aquí para allá, despreocupado de los motivos de la reunión. Pero no conseguía entrar en ninguna rueda. Para consentir mi creciente aburrimiento me dejaron sacar, a deshoras, la caja donde guardo mis caballitos, soldaditos y cowboys. Yo construía fuertes. Encerraba una compañía entera dentro del fuerte, bajo la mesa del televisor. Colocaba cartones para tapar las entradas en cada rectángulo formado por las patas de la mesa y el piso del comedor de diario. No había que dejar entrar a los invasores. Eran muy arrojados los indios y más aún los soldados. Plantaban nidos de ametralladoras y volaban los cartones de la fortaleza. Había que resistir. A veces, enviaba a un vaquero en un caballo blanco a parlamentar, como en las películas de la matiné de *SuperAcción*.

Después de un rato sentí cómo el cansancio me iba venciendo y busqué, sin decir a nadie, el regazo de mi madre. Lo hice confiado en la costumbre, pero me convencí de que sería imposible encontrarlo esa noche. Todos andaban muy ocupados. El doctor

Levián fue llamado al living y minutos después, entró el cura. Oí nombrar la fe de un bautismo. También sentí un poco de vergüenza, pero pronto comprobé que si bien todos me miraban, nadie me prestaba mucha atención. Ni siquiera mi tía nueva que bebe de una taza grande y se alisa las arrugas de la falda. Se ha acercado mucho a mi primo. Finalmente, se me dio por pensar que toda esta convención se ha producido a causa de su conducta, que se han reunido acá para juzgarlo, un poco como hacen justicia los adultos: con rezongos y condenas y cachetadas en la cola o en la cara, como la que acaba de darle mi tía nueva a mi primo “viejo”.

Mi primo también ha pasado por el living. Lo sé, aunque intentaron disimularlo diciendo en voz alta: “Andrés fue al quiosco a comprar cigarrillos.” Yo sé muy bien que Andrés fuma a escondidas, que le roba cigarrillos a su padre y que si el tío Tito lo agarra, no la va a pasar nada bien.

De repente el timbre de la puerta de calle irrumpe con dos gritos de cuervo, corre por el aire, le pone frenos a los pasos deteniendo a los que van por el pasillo como si fuera el juego de las estatuas. Nadie se resuelve a atender. Descontando que mi padre no debe haberlo oído porque está en el patio, estoy seguro que los que están en el living van a hacerlo. Pasa un largo instante y el sonido se repite, ahora de una sola vez a todo lo ancho como si fuera la bocina de un barco. ¿Debo ser yo quien asuma la tarea de abrir la puerta? Todos se miran como descargando en el otro la responsabilidad, hasta que mi tía nueva da un salto, corre por el pasillo y abre la puerta del living.

Ahora todo el mundo adopta nuevas posiciones sin decir una palabra. Un coro de voces viene de la radio encendida. Hay ruidos de botellas y de sillas afuera, en el patio. El farmacéutico entra al comedor de diario, duda en apagar el aparato y lo deja prendido. El otro hombre, el de la gorra que estaba junto a él, es el muchacho del taller mecánico. Me agarra cariñosamente del pelo. Mi padre se abre paso hacia su habitación. Se lleva una mano a la cabeza para peinarse, como cuando está apurado. Mi primo hace señas al marido de mi tía nueva, le indica que se siente a su lado. Mi abuela retira los platos de la mesa en silencio. Mi madre repara en mí y me pregunta si quiero ir a acostarme. Me lleva de la mano a mi cuarto y se queda conmigo.

Puedo sentir el tormentoso caudal de mi sangre. Si me tapo un oído su ruta vertiginosa se reconoce por unos golpecitos en las sienes y un ruido de parches a la altura del pecho. Mis ojos cerrados tejen finas figuras. Líneas rojas de puntos estridentes que se convierten en formas geométricas: rombos, trapecios, paralelepípedos. Con las formas me gusta construir, apilo ladrillo sobre ladrillo. Se oyen voces, un grito ahogado (¿Ruth?). Después el desvarío de una remota conversación que se va por las ramas. Finalmente unos golpes sordos, como si corrieran todos los muebles de la casa y retumbaran las paredes. Como si de golpe se hubiera descargado una tormenta eléctrica con truenos y relámpagos. Y después, nada más, hasta la entrada en el hueco profundo del silencio.

El color de los muñequitos de plástico tornaba al verde. En la mañana el verde seco brilla bajo la llovizna. En la puerta de calle “Don Gómez” en pijama y borceguíes chupa lentamente un mate. Se ha calzado los anteojos de mirar lejos y contempla tranquilo el operativo. Los soldados han rodeado la manzana. Mi tía nueva tuvo que recorrer la fila interminable de oficiales hasta dar con el de mayor rango. Mi tío nuevo no dice nada. Está parado en el cordón de la vereda y desde allí levanta el cuello concentrándose en un punto fijo en lo alto del techo de la casa de enfrente, como si allá arriba hubiera un desfile y él lo controlara desde abajo, para que pudieran desplegarse enteras las fanfarrias. Juega con las llaves del auto. Yo no sé si suda o está mojado por la lluvia.

Con el documento de identidad en la mano, mi tía nueva le dice al oficial a cargo en tono dulce y triste a la vez, que deben permitirle salir porque es urgente llevarme al médico. El oficial descubre un rostro bonachón bajo el casco y la capa de lluvia. Es gordo y le cuesta trabajo ponerse la ametralladora en la espalda. Después me mira. Como si supiera que no estoy enfermo, me guiña un ojo. Yo no sonrío, pero de serio no más que soy. Y porque me parece que ya, en ese entonces, creía que era mejor quedarse adentro.